

El lobo Rodolfo

Vera, Claudia y Nora Hilb





www.loqueleo.santillana.com

© 2009, VERA, CLAUDIA Y NORA HILB
© 2009, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

ISBN: 978-950-46-4308-1
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: NORA HILB

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Hilb, Claudia

El lobo Rodolfo / Claudia Hilb ; Nora Hilb ; Vera Hilb ; ilustrado por
Nora Hilb. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana,
2015.

32 p. : il. ; 19 x 16 cm. - (Amarilla)

ISBN 978-950-46-4308-1

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Hilb, Nora, ilus.
CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA EDICIÓN DE 5.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN
NEXO GRÁFICO S.A., CORRALES 1659, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El lobo Rodolfo

Vera, Claudia y Nora Hilb

Ilustraciones de Nora Hilb

A Renata, nuestra mamá.



loqueleo



Un día, el lobo Rodolfo decidió irse del bosque.
—Me voy —dijo. Y se fue. Un poco por
curiosidad se fue, otro poco por hambre de
mandarinas, y otro poco para hacer nuevos amigos.
Caminó y caminó siguiendo el olor de mandarinas.
Caminó mucho tiempo.





Y así llegó a un lugar desconocido en el que el olor de mandarinas lo envolvía por todos los costados.

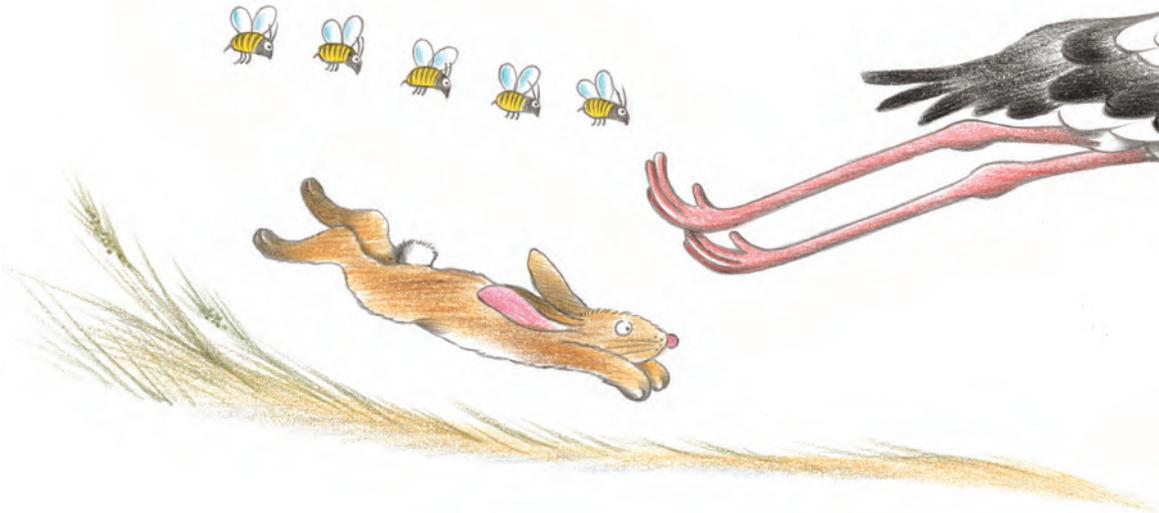
También había muchos animales allí, animales grandes y pequeños.

Al verlos, sintió unas enormes ganas de jugar con ellos. Casi las mismas ganas enormes que de comer mandarinas.



Resuelto a hacer nuevos amigos, Rodolfo se acercó a un burro; pero el burro salió corriendo con cara de espanto. Le pasó lo mismo con los abejorros, la cigüeña y los conejos. Todos salían corriendo al verlo.

Nunca habían visto un lobo de verdad, pero lo conocían de los cuentos, de los libros, de internet y del cine: el lobo no era una buena noticia.



El lobo Rodolfo no entendía qué era lo que estaba sucediendo.



Hacer amigos estaba resultando más difícil de lo esperado. En cambio, recoger las mandarinas resultó fácil, y le parecieron exquisitas. Comió y comió y se relamió, aulló de alegría y luego se fue a dormir la siesta. Cuando se despertó sintió con cierta impaciencia que era tiempo de compartir con amigos su felicidad llena de mandarinas.



Entonces pensó: “Yo tengo ganas de tener amigos, y me gustan las jirafas y quiero correr con ellas”.

“¡Oh, sí, sí, yo quiero, sí! Seré jirafa y correré con ellas y compartiremos las mandarinas”.



Y se puso a hacer un hermoso traje de jirafa con la aguja, el hilo y los trapitos que había traído en su bolso.



Tardó un día y medio en hacer su disfraz. Cuando lo terminó, las jirafas ya se habían ido. Entonces se sentó a esperarlas comiendo mandarinas.



El lunes las jirafas volvieron. El lobo Rodolfo se puso su disfraz, bailó y se echó a correr con ellas. Pero las jirafas, que eran muy altas y corrían muy rápido, ni lo vieron y se lo llevaron por delante.



Rodolfo rodó por el suelo: ¡*catapepúmbate!*





—¡Vaya manera de jugar! —gritó y aulló. Pero las jirafas ya se habían ido y no lo oyeron. El lobo Rodolfo siguió gritando y exclamó—: ¡Que vivan las mandarinas de este lugar!

Después se comió unas cuantas y se fue a dormir.



El martes descubrió unos hermosos flamencos allí cerca. ¡Qué rosados y delicados eran! Así que pensó: “¡Yo quiero ser amigo de los flamencos! Debe de ser maravilloso ser flamenco”.



“Oh, sí, sí, yo quiero, sí. ¡Seré un flamenco rosado!”. Y se puso a hacer un disfraz de flamenco.

El disfraz le quedó precioso. Cuando estuvo listo, se fue al agua y se paró en una pata, igual que los flamencos. Los flamencos lo miraron sin demasiado interés y siguieron conversando entre ellos.



Pero más que flamenco Rodolfo era lobo, y *pataplum* se cayó...



Se levantó y lo volvió a intentar. Y *pataplum*, se cayó otra vez. Después de caerse ochenta y tres veces, el lobo Rodolfo ya no quiso ser flamenco. Comió su cena de mandarinas y se fue a dormir.



El miércoles vio a las cebras. Las cebras se reían entre ellas y parecían simpáticas.

“Oh, sí, sí, yo quiero, sí. Quiero ser cebra y reír con ellas”.

—No se vayan, espérenme —gritó Rodolfo.



De su bolsito sacó cintas negras y blancas, y se las fue atando, algunas en el hocico, otras en la cola, otras alrededor de su panza llena de mandarinas.